

## Hambre de esperanza

Cuando su padre entró en la tienda todos los ojos se volvieron hacia él con la esperanza de que esta vez hubiese tenido mejor suerte en el reparto de comida. Sin embargo, con una media sonrisa en la boca, sólo pudo mostrar un par de bolsas de arroz en una mano y una botella de agua en la otra. Mirando hacia su mujer, buscó su aprobación, pero sólo encontró una mirada dirigida al suelo.

Así era desde hacía tiempo. Desde que tuvieron que abandonar su casa y llegaron al campamento, las sonrisas, las conversaciones e incluso las discusiones abiertas habían desaparecido de la rutina familiar. Ahora, entre sus padres, se imponían los silencios nerviosos, culpables y despectivos que anunciaban una tormenta que nunca llegaba a estallar. De nuevo pudo ver como su padre bajaba la mirada y como, de repente, aparecía ese hombre viejo, de rostro triste y pelo canoso en que se había convertido en apenas un año y medio.

En un instante, y como si sintiese la mirada del menor de sus hijos fija sobre él, levantó la vista y miró directamente hacia el lugar en que se encontraba Sarif. Con una sonrisa más amplia y un guiño le indicó que le siguiese hasta el exterior, algo que el pequeño hizo de forma inmediata. Tras andar unos pasos detrás de su padre, lo vio agacharse detrás de una tienda cercana y al darse la vuelta pudo ver algo que le dejó boquiabierto. En su mano izquierda sostenía un balón de fútbol de color blanco y hexágonos negros, un balón que a cualquier niño occidental no le llamaría mucho la atención y que utilizaría únicamente para jugar en la playa, pero que a Sarif le pareció el más bonito de los que jamás había visto.

Cuando su padre se lo puso entre las manos, al pequeño le temblaban las piernas y los brazos. En su mente no era capaz de recordar nada que pudiese igualar la blancura de aquella pelota, aunque cualquier espectador atento a la escena podría haber afirmado que la perfecta dentadura que ahora se mostraba en la cara del niño era mucho más brillante que aquel trozo de plástico inflado.

Tras una última mirada a su progenitor, y viendo el gesto de alegría que se dibujaba en su rostro, echo a andar por el camino principal que recorría el campamento de este a oeste. Caminaba sin prisa, mirando a uno y otro lado, mientras apenas podía sostener la pelota entre la mano y el costado izquierdos.

A medida que avanzaba, empezaba a llamar la atención de aquellos que le veían pasar, a las mujeres les encantaba la cara de orgullo que exhibía el pequeño a su paso, a los hombres se les venía a la mente la imagen de un minúsculo árbitro saltando al campo para pitar, seguramente, la más importantes de las finales del mundo mundial, y los niños, irremediamente se acercaban al niño y comenzaban a seguirlo sin saber hacia dónde se dirigía, lo mismo que le ocurría a él.

Al llegar al final del campamento, un amplio descampado en el que hoy no había tiendas pero que quizá mañana albergase las viviendas de nuevas familias que se habían visto obligadas a abandonar su hogar, Sarif se giró en redondo, entre sorprendido y asustado, se encontró con casi un centenar de niños y jóvenes que le observaban atentamente. Dos de los chicos mayores se acercaron a él.

- ¿Nos dejarás jugar contigo? –dijo uno de ellos.
- Podríamos hacer equipos y jugar algunos partidos- afirmó el otro, mientras esperaba la respuesta del pequeño.

Finalmente, y saliendo de su ensimismamiento, acertó a mover la cabeza afirmativamente mientras su corazón henchido de orgullo latía a un ritmo frenético.

De esta forma, en apenas unos minutos, el grupo se había organizado en equipos de once miembros agrupados por edades y alturas. Los partidos se disputarían entre aquellos equipos en los que hubiese una cierta igualdad de condiciones físicas para evitar enfrentamientos desiguales.

Al cabo de unas horas, ya se habían producido diversos resultados y empezaba a quedar claro quienes se desenvolvían mejor en el juego, quienes eran los más acertados de cara al gol y a cuales se les daban mejor otros aspectos dentro de cada equipo. Durante ese tiempo una gran multitud se había ido congregando alrededor del improvisado campo de fútbol y desde hacía largo rato coreaban los regates, las carreras y los goles de los diversos jugadores. Los gritos de ánimo, se mezclaban con las protestas ante los errores en una acción determinada. Rápidamente surgieron las comparaciones con los grandes ídolos del balompié, se formaron tertulias futbolísticas, se discutió sobre si tal o cual jugador eran mejores y se llegó a afirmar que alguno de aquellos muchachos no desentonaría en absoluto en cualquiera de las ligas europeas. Es más, se contemplaba la posibilidad de enviar una carta a los grandes equipos españoles para que le hiciesen una prueba a alguno de aquellos chicos.

Entre los espectadores también se encontraba el padre de Sarif que había oído el rumor sobre un partido de fútbol. Se había acercado preocupado de que a su hijo le hubiesen quitado el balón y se lo encontrase llorando desconsolado, quizá la idea de traerle a su hijo aquel balón que le habían regalado los soldados belgas no había sido tan buena.

Lo que no esperaba en absoluto era encontrar a su hijo sobre lo que se suponía que era la línea de banda, con las manos cruzadas a la espalda y siguiendo atentamente todo lo que ocurría sobre el campo. Una carcajada ascendió desde el fondo de su garganta al ver como el niño daba órdenes y consejos a aquellos jóvenes que le doblaban la altura. La sorpresa fue mayúscula cuando observó cómo algunos de los jugadores giraban la cabeza hacia su hijo mientras con una gran sonrisa hacían gestos de asentimiento y aprobación hacia las consignas del pequeño.

Una vez finalizado el partido y ante la euforia general, un grupo de cinco jóvenes se acercó a Sarif. Levantándolo sobre sus cabezas se lo llevaron al centro del terreno como si de una minúscula divinidad de color caoba hubiese descendido del cielo. Mientras lo vitoreaban el pequeño sonreía y agitaba sus manos al aire en señal de victoria, aumentando todavía más la algarabía de la muchedumbre.

A lo lejos, medio escondida entre las tiendas del campamento, su madre observaba la escena con una mezcla de orgullo y satisfacción. Por sus mejillas corrían las lágrimas, pues sabía que a su corta edad ese era el momento más bonito de la vida de su hijo. Mientras, su corazón rezaba para que el futuro le ofreciera muchos más.